

DIOS NOS PONE LA SANTIDAD AL ALCANCE DE LA MANO EN LAS COSAS PEQUEÑAS

Probablemente al leer el título de la charla nos habrá venido a la memoria alguna de las repetidas veces que Jesús enseña esta verdad recogida en los evangelios. En el desarrollo recordaré unas cuantas. No hay lugar para la duda, Dios nos pone la santidad al alcance de la mano, nos propone ganarla en las cosas pequeñas de cada jornada. La declaración de santidad que Jesús emplea en la parábola de los talentos lo manifiesta claramente, el señor dice: *“¡Bien, siervo bueno y fiel!; como has sido fiel en lo poco, te daré un cargo importante; entra en el gozo de tu señor”* (Mateo 25, 23).

Educar la mirada, un paso previo

Era una exposición de pintura. Se trataba de una colección magnífica de autores contemporáneos de renombre. Entre los muchos visitantes había un hombre con cara de tedio. Tuvo la suerte de encontrarse con un amigo, que era artista. Le comentó: <Sabes, estoy aburridísimo; no sé qué belleza podéis hallar en esas obras>. El artista, miró alternativamente a su amigo y a los cuadros, y le respondió con pasión: <Si yo pudiera prestarte mis ojos>.

Jesús se empeñó en que sus discípulos aprendieran a mirar, les prestó sus ojos. Hay una escena paradigmática, la de la viuda pobre que da una limosna reducidísima. Jesús no dejó pasar la oportunidad. Dios inspiró a dos evangelistas (Lucas 21, 1-4 y Marcos 12, 41-44) a que recogieran la escena, seleccionándola dentro de los muchos sucesos de esos días previos a la Pasión. Estaban en el Templo de Jerusalén, frente al gazofilacio, el arca donde se depositaban las limosnas. Jesús levantó la vista, vio a ricos que depositaban ofrendas importantes; las monedas de cobre al caer resonarían. Pero solo llamó la atención de los discípulos cuando se acercó una viuda pobre que echó dos monedillas. Marcos especifica que esas dos monedillas hacían un cuadrante, para destacar lo pequeña que era la limosna. Esa cantidad representaba la 64 parte de un denario, que era el jornal de un día de trabajo. Para hacernos cargo, representarían alrededor de 50 céntimos de euro¹. Al caer en el arca no harían ruido, pero en el corazón de Jesús, que sabe ver, causaron una conmoción. *“Llamando a sus discípulos, les dijo: «En verdad os digo que esta viuda pobre ha echado en el arca de las ofrendas más que nadie. Porque los demás han echado de lo que les sobra, pero esta, que pasa necesidad, ha echado todo lo que tenía para vivir»”* (Marcos 12, 43-44).

Pidamos al Espíritu Santo la gracia de educarnos la mirada, la capacidad de ver la belleza de la santidad en las cosas aparentemente sin relieve de la vida ordinaria. Cristo nos desafía a valorar las cosas –y sobre todo nuestra vida– de una forma diferente, alternativa y paradójica.

Lo que hace grande todas las cosas

El amor da la verdadera medida a las acciones. Es lo que nos permite enfocar los ojos para valorarlas adecuadamente; lo que hace grande o pequeña una acción. Todo es grande a los ojos de Dios si hay amor.

Ocurrió en Betania. Simón, el leproso, fariseo, invitó a Jesús a cenar a su casa. Posiblemente era uno de aquellos que el Maestro curó. Una mujer pecadora se enteró y se coló en la casa. Tuvo con el Señor una secuencia de pequeños detalles sorprendentes: se colocó a sus pies, sobre los que derramó totalmente un caro perfume, a la vez que los bañaba con sus lágrimas, los besaba y enjugaba con sus cabellos. Jesús no decía nada, dejaba hacer. Simón quedó extrañado y pensó que Jesús no era un profeta. En ese momento, Jesús se dirigió a su anfitrión y le propuso una parábola, la del prestamista y dos deudores, uno debía 500 denarios, el otro 50. A ambos les perdonó la deuda porque no tenían con qué pagar. ¿Quién estaría más agradecido? Simón acertó la respuesta: al que se le había perdonado más. A continuación, el Señor miró a la mujer y fue repasando los detalles de cortesía acostumbrados que Simón había omitido al recibirla: no le había dado agua para limpiarse los pies del polvo del camino, no le había dado el beso de la paz, no le había ungido la cabeza con unguento. En cambio, la mujer sí lo había hecho. *“Por eso te digo: sus muchos pecados han quedado perdonados, porque ha amado mucho”* (Lucas 7, 47). Asombra ver el valor que Jesús otorga a esos pequeños detalles de educación, cuando se viven con amor y por amor. Conmovieron su

¹ El salario mínimo diario es de 36 euros brutos (ref. Real Decreto 99/2023, de 14 de febrero).

corazón, y correspondió con el mayor don: su perdón. *“A ella le dijo: «Han quedado perdonados tus pecados»”* (idem, 48).

San Josemaría Escrivá, el santo de la vida ordinaria², dedicó un capítulo de su libro *Camino* a las cosas pequeñas. El primer punto es un resumen de lo dicho: *“Hacedlo todo por Amor. –Así no hay cosas pequeñas: todo es grande. –La perseverancia en las cosas pequeñas, por Amor, es heroísmo”* (*Camino*, n. 813); al emplear la A mayúscula quería referirse a Dios, quien es amado mediante esos actos, en apariencia irrelevantes. Lo pequeño se agranda por el amor y éste, si es real, se expresa en los detalles.

La relación recíproca entre el amor y las cosas pequeñas

En un libro sobre el amor matrimonial y familiar, se relata el siguiente suceso. Se trata de una conversación de un abogado con un matrimonio en crisis que había acudido para tramitar la separación. El abogado preguntó a la mujer: <¿Podría explicarme las causas que le llevan a tomar esta decisión?> Ella, inmediatamente, respondió: <Este, me regalaba siempre una rosa cuando llegaba nuestro aniversario... Este, antes, me sacaba los domingos al cine y cuando llegaba a casa me preguntaba qué tal había pasado el día. Este...>. El marido, “este”, le interrumpió y espetó: <Todo eso no son más que tonterías>. <Sí, dijo ella, pero esas tonterías eran mi vida>.

Existe una relación recíproca entre el amor y las cosas pequeñas. El amor nos moviliza, agudiza la mirada para descubrir nuevas ocasiones de amar en las cosas pequeñas; y avalora lo pequeño: *“Un pequeño acto, hecho por Amor, ¡cuánto vale!”* (*Camino* n. 814). Y si faltara el amor, poco a poco, descuidaríamos lo pequeño al no darle importancia, y se enfriaría el amor, como le ocurrió a ese matrimonio.

El amor se manifiesta en lo concreto, en detalles, normalmente pequeños. A través de ellos expresamos nuestra voluntad de ayudar en las necesidades del otro y de hacer amable la vida de quienes nos rodean. San Josemaría invitaba a concretar nuestro amor, para que no quede solo en palabras y se haga tangible en las obras: *“Cuentan de un alma que, al decir al Señor en la oración <Jesús, te amo>, oyó esta respuesta del cielo: <Obras son amores y no buenas razones>. Piensa si acaso tú no mereces también ese cariñoso reproche”* (*Camino* n. 933).

La santidad “de la puerta de al lado” a la que el Señor nos llama

“Has errado el camino si desprecias las cosas pequeñas” (*Camino* n. 816). Viviremos santamente, como Dios espera, si entendemos cada vez mejor esta verdad. Dice la Escritura, *“el que desprecia las cosas pequeñas, poco a poco caerá”* (Siracide 19, 1). Si despreciamos lo poco amaremos mal. En cambio, si valoramos la gran potencia humanizadora y de salvación de los muchos pocos, de lo cotidiano, repetido y humilde, hecho por y con amor, nos ponemos en la senda correcta, la querida por Dios, la que Jesús recorrió para salvarnos, basta fijarnos en su encarnación y sus 30 años de vida ordinaria en Nazaret. Y la que han seguido los santos.

*“En esta constancia para seguir adelante día a día, veo la santidad de la Iglesia militante. Esa es muchas veces la santidad «de la puerta de al lado»”*³, decía el Papa. Todos podemos ser santos, porque todos tenemos pequeñas cosas que ofrecer a Dios en nuestra vida. *“Así pues, ya comáis, ya bebáis o hagáis lo que hagáis, hacedlo todo para gloria de Dios”* (1 Corintios 10, 31). Tenemos el trato con Dios en la oración, en la Palabra y la Eucaristía, el trabajo diario, la vida familiar, las relaciones de amistad y sociales, las contrariedades y las alegrías de cada jornada... Dios permanece atento a lo que le ofrezcamos por amor. *“Esta santidad a la que el Señor te llama irá creciendo con pequeños gestos”*. El Papa nos da pistas: *“Por ejemplo: una señora va al mercado a hacer las compras, encuentra a una vecina y comienza a hablar, y vienen las críticas. Pero esta mujer dice en su interior: «No, no hablaré mal de nadie». Este es un paso en la santidad. Luego, en casa, su hijo le pide conversar acerca de sus fantasías, y aunque esté cansada se sienta a su lado y escucha con paciencia y afecto. Esa es otra ofrenda que santifica. Luego vive un momento de*

² Así lo llamó san Juan Pablo II con motivo de su canonización (6.10.2002)

³ Francisco, exhortación *Gaudete et exultate* sobre la santidad en el mundo actual n. 7

angustia, pero recuerda el amor de la Virgen María, toma el rosario y reza con fe. Ese es otro camino de santidad. Luego va por la calle, encuentra a un pobre y se detiene a conversar con él con cariño. Ese es otro paso”⁴.

“Lo que es pequeño, pequeño es; pero el que es fiel en lo pequeño, ese es grande”⁵. Las cosas pequeñas son tantas y tan constantes que su cumplimiento fiel movido por el amor es heroísmo. “¿Te has parado a considerar la suma enorme que pueden llegar a ser <muchos pocos>?” (Camino n. 827). La constancia en el amor, en las cosas pequeñas, es santidad. No es algo lejano a nuestro vivir diario: son acciones ordinarias realizadas de manera extraordinaria, con el auxilio de la gracia del Espíritu Santo. También, cuando las circunstancias colorean nuestra vida con situaciones especiales: la falta de salud, la estrechez económica, el fracaso profesional, las preocupaciones familiares, la incompreensión de este mundo ante nuestro estilo de vida diferente... “Cuando escrutamos ante Dios los caminos de la vida, no hay espacios que queden excluidos. En todos los aspectos de la existencia podemos seguir creciendo y entregarle algo más a Dios, aun en aquellos donde experimentamos las dificultades más fuertes (...) El que lo pide todo también lo da todo, y no quiere entrar en nosotros para mutilar o debilitar sino para plénificar”⁶.

Y esta es la santidad a la que estamos llamados a vivir. Es lo que está al alcance de nuestra condición de criatura, de la fragilidad que trae el pecado y sana la gracia de Dios en nosotros. Los cristianos debemos aprender a ofrecer con amor y rectitud todas las acciones, aunque sean de poco relieve, de cada día. Es lo que Dios nos brinda y espera.

La misericordia divina que encierran las cosas pequeñas

¿Podremos corresponder al amor de Dios? Jamás estaremos a su altura y Dios lo sabe. Entiende que nunca podremos devolver, por mucho que deseemos, tanto amor como Él nos da. No le importa porque es nuestro Padre, que nos ama con locura y no se deja ganar en generosidad. Esta verdad aparece en la parábola de las minas (ref. Lucas 19, 11-27). Un hombre noble reparte una mina a cada siervo antes de partir lejos para recibir la investidura real. “Les dijo: <Negociad hasta mi vuelta>”. Una mina era una cantidad de dinero pequeña, equivalía a 160 denarios, poco más de 5 meses de trabajo de un obrero. A la vuelta, el señor llama a cada uno para enterarse qué han logrado con lo recibido. El primero ha negociado obteniendo 10 minas; el rey elogia su esfuerzo y le premia: “Muy bien, siervo bueno; ya que has sido fiel en lo pequeño, recibe el gobierno de diez ciudades”. Al especificar la recompensa, Jesús subraya la desproporción entre lo conseguido por el siervo (equivalente al sueldo de 4 años) y el premio concedido por su señor (el gobierno de 10 ciudades). Es una imagen de la desigualdad inmensa entre el amor de Dios, que se vuelca con sus hijos, y nuestra pobre correspondencia.

¿Qué espera Dios de sus hijos? Que empleemos la libertad, don divino por excelencia, “negociando” con los dones que nos da, manifestando así nuestro amor a Él y los demás. Está esperando que aprovechemos los talentos recibidos, cada uno los suyos, ofreciéndole la solicitud por agradecerle “en lo poco”, por amor. No se nos medirá a todos bajo un único rasero, sino conforme a lo recibido. En la parábola de los talentos, observamos que el segundo siervo recibe el mismo elogio de su señor que el primero, a pesar de que sus resultados son menores. El primero recibió 5 talentos y consiguió otros 5; el segundo recibió 2 y ganó otros 2. Dios es justo. “Al que mucho se le dio, mucho se le reclamará” (Lucas 12, 48).

Si nos fijamos en el siervo que no negocia el bien recibido, el señor no le llama siervo malvado, sino siervo inútil y perezoso. Es cierto que no ha hecho nada malo, pero tampoco ha hecho nada bueno. Es condenado a las tinieblas exteriores, y lo que tiene le será quitado. Jesús manifiesta que quien rechaza esforzarse por negociar, conformándose con una vida cómoda y egoísta, pierde ya la recompensa en esta vida. En cambio, quien procura negociar en lo poco, no solo recibirá el premio al final, también ya aquí en la tierra.

⁴ Francisco, exhortación *Gaudete et exultate* sobre la santidad en el mundo actual n. 16

⁵ San Agustín, *Sobre la doctrina cristiana* 14, 35.

⁶ Francisco, exhortación *Gaudete et exultate* sobre la santidad en el mundo actual n. 175

En definitiva, Dios, que conoce nuestra fragilidad y nos ama, pide a cada uno aquello que está a nuestro alcance, contando con su gracia, para hacernos felices. La materia prima de la felicidad son las cosas pequeñas del día. *“Dios está en los detalles”*⁷. Si amamos en lo poco, recibiremos lo mucho que Dios nos quiere dar. Cómo se asombran aquellos que descubren por primera vez esta verdad. Lo recogía san Josemaría en un punto de Surco: *“Me escribes en la cocina, junto al fogón. Está comenzando la tarde. Hace frío. A tu lado, tu hermana pequeña —la última que ha descubierto la locura divina de vivir a fondo su vocación cristiana— pela patatas. Aparentemente —piensas— su labor es igual que antes. Sin embargo, ¡hay tanta diferencia! —Es verdad: antes “sólo” pelaba patatas; ahora, se está santificando pelando patatas”* (Surco n. 498).

La tarea de enamorarse de lo pequeño: una antropología sana y real

Todo lo que hemos dicho lo corroboran los estudios sociológicos. Muestran que la mayor parte de los elementos que conforman la felicidad se encuentran en lo ordinario y, a medida que se van sumando, la felicidad se va construyendo. *“La felicidad real de una persona aumenta o disminuye gracias a acontecimientos cotidianos de importancia secundaria”*⁸. Y de manera recíproca, *“las ocupaciones triviales, en sí mismas ajenas a la felicidad, se transforman cuando se es feliz. La mayor parte de las ocupaciones —recórranse los quehaceres, de la mañana a la noche— tienen poca importancia (...), pero si somos felices, esas ocupaciones quedan transfiguradas y adquieren una especie de aureola”*⁹.

La felicidad grande a la que aspiramos nos la jugamos en la multitud de cosas pequeñas que tejen el día. Quien desprecia lo pequeño, se refugia en lo extraordinario en un intento vano de no fracasar. Tal vez durante algún tiempo se pueda vivir de lo extraordinario, pero la realidad se impone, y como no es nada fácil de conseguir, se acaba en el desencanto. Los grandes ideales que dan sentido a la vida se mezclan con el realismo de lo cotidiano, sin lo cual esos proyectos serían ilusorios. Alcanzo a mejorar mi existencia con el cuidado de lo pequeño. El amor en los detalles salva mi vida. Ese es el cimiento sobre el que se construye una vida lograda. *“La arena es un puñadito, pero hay montañas de arena”*¹⁰. Y es lo que transforma el mundo, empezando por lo más cercano. Dios lo hace en su misericordia.

Toca concretar esa tarea de amor en las cosas pequeñas

Lo pequeño, aunque abunde ha de concretarse. Mejorarlos, amar a Dios y a los demás, demanda un esfuerzo, no sale solo. Exige luchar en algunos detalles que van conformando las virtudes, erradicando los vicios, al menos algunas de sus manifestaciones. Por eso nos ayudará concretar en la oración algunas cosas pequeñas en las que deseamos mejorar por amor, con la gracia de Dios. No es cumplir una lista, sino entrenarse en pequeñas cosas que nos sacan de la rutina, de la pereza, de centrarse en uno para así amar a Dios y servir a los demás. Son cosas ordinarias, que están ahí pero que no las vemos, por miopía, o que posponemos su conquista un día y otro. Muchas serán cosas buenas a vivir, que nos mejoran, hacen amable la vida a los demás; otras serán cosas a evitar, porque nos empeoran y, a los ojos de Dios que nos quiere, suponen un disgusto, no solo porque enfrían nuestro amor a Él y a los demás, sino porque nos hacen daño.

Saber que tenemos un espectador divino nos ayudará en esa santidad en lo pequeño. Dios está esperando nuestro sí en eso poco que nos hemos propuesto vivir, se alegra cuando vencemos... y cuando caemos y nos levantamos. Nos levantamos cada vez que pedimos perdón a Dios por eso en que hemos fracasado. Ese acto de humildad, reconocer que somos nada, no solo gana el corazón de Dios, sino que es la llave que abre el tesoro de sus gracias para recomenzar de nuevo. Basta fijarnos en lo siguiente que nos depara el día y disponerse a vivir esa cosa pequeña, con la ilusión de vencer fruto del amor renovado. Así, iremos creciendo en el amor como por un plano inclinado, trabajando poco a poco nuestro interior. El Espíritu Santo es el que realiza el milagro de la santidad, pero nos necesita, aunque nuestra colaboración sea un factor de la suma muy pequeño.

⁷ Frase que Mies Van Der Rohe (1886-1969) repetía muchas veces. Es uno de los arquitectos más importantes del s XX.

⁸ Paul Poupard, *Felicidad y fe cristiana*, p. 19.

⁹ Julián Marías, *La felicidad humana* p. 248.

¹⁰ Letra de la canción *El Payador Perseguido* de Atahualpa Yupanqui.